

cientes, son tan terminantes que no pueden dar lugar a confusiones parecidas. Si en el terreno de las luchas exclusivamente económicas podemos ir al lado de los obreros socialistas, jamás éstos tendrán a su lado en el de las luchas políticas para aceptar la finalidad política-social que sus líderes persiguen. Estamos donde hemos estado siempre. A pesar de la confusión que ciertos acontecimientos políticos hayan podido introducir en el ánimo de las multitudes, llámense como se llamen, prometamos o no, los socialistas, jamás éstos formarán economía de la sociedad, jamás al ministerio. No somos de la madera de los Millerand, Ferri, Briand y Pablo Iglesias, y nuestro revolucionarismo persigue más alta finalidad que la de deshacer y hacer ministerios para encomendar a ambiciosos y renegados sin pudor ni dignidad. ¿Estamos?

LA REDACCION

Los malos pastores

Después de los artículos anteriores, creemos de gran oportunidad reproducir parte de la escena del acto cuarto del drama de Mirbeau Los Malos Pastores, en que dirigiéndose Juan Roule a los huelguistas, que están divididos por haberse metido entre ellos la cizaña política, les dice:

«...vosotros me reprocháis el haber rechazado el concurso de los diputados radicales y socialistas que querían inmiscuirse en nuestros asuntos... y apoderarse de la dirección de la huelga?

«He hecho esto... ¿es verdad?... ¡y me siento honrado con ello! ¡Vuestros diputados! ¿Se bien cómo obran!... Y vosotros mismos ¿habéis ya olvidado el papel infame... la comedia lastimosamente siniestra que presentaron en la última huelga... y de qué manera, después de haber arastrado a los obreros a una resistencia desesperada, los entregaron... acabados... desnudos... atados de pies y manos... al burgués el mismo día que un nuevo esfuerzo... una nueva sacudida le hubiera obligado a rendirse quizá!... ¡Pues bien! ¡No! No he querido que los farsantes, con el pretexto de defensores, vinieran a imponer combinaciones en que vosotros no sois... tenedlo bien entendido—más que un medio para mantener y acrecentar su poder electoral... y una presa para satisfacer sus ambiciones políticas... ¡Vosotros no tenéis nada común con esa gente! ¡Sus intereses son siempre diferentes de los vuestros... como los del usurero y su deudor... los del asesino y su víctima! ¡A ver! ¿Qué han hecho por vosotros? ¿Qué han intentado? ¿Dónde está la ley libertadora que hayan votado... que hayan propuesto, al menos?

Y a falta de esta ley imposible... lo reconozco... ¡un grito... un solo grito de piedad que hayan dado! Ese grito que sale de las entrañas mismas del amor... y que mantiene en el corazón de los desheredados la indispensable esperanza... ¡citadlo... recordádmelo... y nombradme uno solo de los políticos, uno sólo, que haya muerto por vosotros... que haya arrostrado la muerte por vosotros... Comprended, pues, que sólo existen por vuestra credulidad. Vuestro secular embrutecimiento lo explotan como una mina: vuestra servidumbre, a tratán como una renta... Mientras vivís, engañan con vuestra pobreza y vuestra ignorancia... y cuando habéis muerto, ¡se hacen un pedestal con vuestros cadáveres!... ¿Es eso lo que queréis?

Y el día que los fusiles de los soldados os hacen caer, con vuestros hijos y con vuestras mujeres, por las calles, regadas con vuestra sangre, ¿dónde están ellos? ¡En el Congreso! ¡Y ¿qué hacen? ¡Charlar!... ¡Pobre rebaño ciego! ¡Siempre te dejarás conducir por esos malos pastores!

Comprended, pues, que sólo existen por vuestra credulidad. Vuestro secular embrutecimiento lo explotan como una mina: vuestra servidumbre, a tratán como una renta... Mientras vivís, engañan con vuestra pobreza y vuestra ignorancia... y cuando habéis muerto, ¡se hacen un pedestal con vuestros cadáveres!... ¿Es eso lo que queréis?

Y el día que los fusiles de los soldados os hacen caer, con vuestros hijos y con vuestras mujeres, por las calles, regadas con vuestra sangre, ¿dónde están ellos? ¡En el Congreso! ¡Y ¿qué hacen? ¡Charlar!... ¡Pobre rebaño ciego! ¡Siempre te dejarás conducir por esos malos pastores!

Comprended, pues, que sólo existen por vuestra credulidad. Vuestro secular embrutecimiento lo explotan como una mina: vuestra servidumbre, a tratán como una renta... Mientras vivís, engañan con vuestra pobreza y vuestra ignorancia... y cuando habéis muerto, ¡se hacen un pedestal con vuestros cadáveres!... ¿Es eso lo que queréis?

Y el día que los fusiles de los soldados os hacen caer, con vuestros hijos y con vuestras mujeres, por las calles, regadas con vuestra sangre, ¿dónde están ellos? ¡En el Congreso! ¡Y ¿qué hacen? ¡Charlar!... ¡Pobre rebaño ciego! ¡Siempre te dejarás conducir por esos malos pastores!

Comprended, pues, que sólo existen por vuestra credulidad. Vuestro secular embrutecimiento lo explotan como una mina: vuestra servidumbre, a tratán como una renta... Mientras vivís, engañan con vuestra pobreza y vuestra ignorancia... y cuando habéis muerto, ¡se hacen un pedestal con vuestros cadáveres!... ¿Es eso lo que queréis?

Y el día que los fusiles de los soldados os hacen caer, con vuestros hijos y con vuestras mujeres, por las calles, regadas con vuestra sangre, ¿dónde están ellos? ¡En el Congreso! ¡Y ¿qué hacen? ¡Charlar!... ¡Pobre rebaño ciego! ¡Siempre te dejarás conducir por esos malos pastores!

Comprended, pues, que sólo existen por vuestra credulidad. Vuestro secular embrutecimiento lo explotan como una mina: vuestra servidumbre, a tratán como una renta... Mientras vivís, engañan con vuestra pobreza y vuestra ignorancia... y cuando habéis muerto, ¡se hacen un pedestal con vuestros cadáveres!... ¿Es eso lo que queréis?

Y el día que los fusiles de los soldados os hacen caer, con vuestros hijos y con vuestras mujeres, por las calles, regadas con vuestra sangre, ¿dónde están ellos? ¡En el Congreso! ¡Y ¿qué hacen? ¡Charlar!... ¡Pobre rebaño ciego! ¡Siempre te dejarás conducir por esos malos pastores!

Comprended, pues, que sólo existen por vuestra credulidad. Vuestro secular embrutecimiento lo explotan como una mina: vuestra servidumbre, a tratán como una renta... Mientras vivís, engañan con vuestra pobreza y vuestra ignorancia... y cuando habéis muerto, ¡se hacen un pedestal con vuestros cadáveres!... ¿Es eso lo que queréis?

Y el día que los fusiles de los soldados os hacen caer, con vuestros hijos y con vuestras mujeres, por las calles, regadas con vuestra sangre, ¿dónde están ellos? ¡En el Congreso! ¡Y ¿qué hacen? ¡Charlar!... ¡Pobre rebaño ciego! ¡Siempre te dejarás conducir por esos malos pastores!

Comprended, pues, que sólo existen por vuestra credulidad. Vuestro secular embrutecimiento lo explotan como una mina: vuestra servidumbre, a tratán como una renta... Mientras vivís, engañan con vuestra pobreza y vuestra ignorancia... y cuando habéis muerto, ¡se hacen un pedestal con vuestros cadáveres!... ¿Es eso lo que queréis?

Y el día que los fusiles de los soldados os hacen caer, con vuestros hijos y con vuestras mujeres, por las calles, regadas con vuestra sangre, ¿dónde están ellos? ¡En el Congreso! ¡Y ¿qué hacen? ¡Charlar!... ¡Pobre rebaño ciego! ¡Siempre te dejarás conducir por esos malos pastores!

Comprended, pues, que sólo existen por vuestra credulidad. Vuestro secular embrutecimiento lo explotan como una mina: vuestra servidumbre, a tratán como una renta... Mientras vivís, engañan con vuestra pobreza y vuestra ignorancia... y cuando habéis muerto, ¡se hacen un pedestal con vuestros cadáveres!... ¿Es eso lo que queréis?

Y el día que los fusiles de los soldados os hacen caer, con vuestros hijos y con vuestras mujeres, por las calles, regadas con vuestra sangre, ¿dónde están ellos? ¡En el Congreso! ¡Y ¿qué hacen? ¡Charlar!... ¡Pobre rebaño ciego! ¡Siempre te dejarás conducir por esos malos pastores!

Comprended, pues, que sólo existen por vuestra credulidad. Vuestro secular embrutecimiento lo explotan como una mina: vuestra servidumbre, a tratán como una renta... Mientras vivís, engañan con vuestra pobreza y vuestra ignorancia... y cuando habéis muerto, ¡se hacen un pedestal con vuestros cadáveres!... ¿Es eso lo que queréis?

Y el día que los fusiles de los soldados os hacen caer, con vuestros hijos y con vuestras mujeres, por las calles, regadas con vuestra sangre, ¿dónde están ellos? ¡En el Congreso! ¡Y ¿qué hacen? ¡Charlar!... ¡Pobre rebaño ciego! ¡Siempre te dejarás conducir por esos malos pastores!

FELIZ VIAJE

Dentro de pocos días saldrá de París con dirección a Montevideo, Buenos Aires, Valparaíso, Santiago de Chile y otras repúblicas americanas, nuestro querido compañero y amigo Miguel V. Moreno, en viaje de propaganda, delegado por la Liga para la Educación Racional de la Infancia.

Mucho nos satisface que nuestro amigo haya sido designado para tan magna empresa, pues esto demuestra que los que componen tan notable institución se han hecho cargo de sus condiciones de capacidad y actividad y no dudamos que su labor será fructífera para la enseñanza de las ideas racionales y emancipadoras de la niñez, de la que saldrán los hombres que han de hacer la transformación social.

Lleve feliz viaje nuestro querido compañero y no olvide a sus amigos de Cataluña, que son todos los que han tenido ocasión de tratarle con alguna intimidad.

En el próximo número daremos comienzo al segundo reparto de la cantidad recaudada para los presos por cuestiones sociales.

Los que tengan noticia de algún compañero preso con derecho a la suscripción, lo participarán a esta redacción a la mayor brevedad.

La mentira religiosa

Vivimos entre dos hipocresías: la de la Iglesia y la del Estado.

MARCELINO MENÉNDEZ HERTRADO (Canónigo lateranense)

¿Qué hacía Dios antes de la creación? ¿Dormía? ¿Velaba? Si dormía de toda eternidad, estaba muerto; si velaba, le faltaba algo de su felicidad; si tenía necesidad de algo, no era Dios; si no le faltaba nada, ¿para qué crear el mundo?

El ateísmo, en tanto que negación de la creencia en la existencia de un dios personal, me parece necesario, pues liberta a la humanidad de un error peligroso.

Las religiones están en plena disolución, la fe ha muerto, y si hay algo que nos asombré, es ver cómo en Roma se perpetúa la comedia pupal, cuando todas las gentes que reflexionan un poco están de acuerdo para no ver ya en los dogmas y en los ritos cristianos, católicos, budhistas, protestantes y religiosos, en general, nada más que un conjunto de cosas ridículas y adecuadas a todo lo más débil de la mentalidad de niñas que han vuelto al estado de infancia.

Sin la existencia de factores no se concibe el producto que de la nada surja algo; es un absurdo inconcebible. Decir, pues, que Dios hizo el universo de la nada, es convertirle en autor de una aberración.

Si se nos pregunta: ¿qué queréis que haga la religión sin el apoyo del Estado? responderemos simplemente: que haga lo que pueda, que sea lo que tenga que ser, que viva si tiene que vivir, que muera si debe morir; así ut est, aut non sit. La religión vino al mundo para probar que el espíritu es más fuerte que la materia, fuerte sin la materia, fuerte contra la materia, y no debemos impedir que lo demuestre. Si no puede subsistir por sí misma, no es la verdad; si no puede vivir más que de arteificio, no es más que un arteificio; si es de Dios, le fué dado como a Jesucristo, obtener la vida en sí misma; es necesario que lo demuestre; es su primera obligación; es el sello indispensable de la divinidad; y su certidumbre como su dignidad tienen mucho que perder, en el espíritu de los hombres, con un sistema que permita siempre dudar si la religión debe a sí misma lo que tiene de vida o si lo debe al apoyo de la fuerza pública.

El milagro implica esencialmente una alteración de las leyes naturales. Estas fueron creadas por Dios con carácter de inmutabilidad. Luego Dios, al realizar el sin número de milagros que la Iglesia consigna, alteró su obra y el carácter de la misma. Un Dios que se contradice deja de ser Dios.

El puesto que entre nosotros ocupa el sacerdote, este equivalente europeo del Mago americano y del Almagir africano, es un triunfo insolente de la pusilanimidad y de la hipocresía intelectual sobre la verdad y la entereza del carácter.

No puede haber un cisma en un pueblo que ya no cree, que se ha desinteresado de la Iglesia para poner su esperanza en otra parte.

Seguramente recordaráis estas memorables palabras de Luis Veuillot: «O pedimos la libertad en nombre de vuestros principios y os la negamos en nombre de los nuestros.» Toda el alma de la Iglesia está en estas palabras. De todo tiempo la Iglesia, que realmente se escuda en la libertad, ha sido su verdugo. Es la grande y la única fuerza moral que tiene, porque para hacer triunfar el

absurdo de sus dogmas necesita la opresión. Aun hoy está al lado de los regímenes fracasados que invocan la vuelta de los gobiernos de autoridad, porque no está en armonía con el espíritu moderno. Su absolutismo teórico repugna a nuestra democracia; sus dogmas parecen incomprensibles a los niños de nuestras escuelas primarias; la pompa de sus oficios, el lujo de sus templos, la autosuficiencia de sus oropeles con que se cubren sus sacerdotes en un insulto a la pobreza de una parte de sus ovejas; su lenguaje no es el de Francia; su moral nada tiene de común con la de la ciencia; nada, en una palabra, ni en su constitución, ni en sus costumbres, ni en sus ideas, ni está en armonía con los cerebros del siglo XX.

El cristianismo es el envenenador por excelencia, el ingrediente mortífero que es necesario expulsar del cuerpo social.

Si hoy el hombre abandona a su dios o sus dioses, por este solo hecho demuestra que ya no le son necesarios. Puede vivir, vive sin ellos.

Es un error imaginarse que una religión vieja desaparece de la tierra empleando la indiferencia, el desuso o la discusión contra ella. No ha habido hasta el presente un solo culto, por falso y absurdo que podáis imaginároslo, que haya desaparecido de este modo. Todos los que han dejado de ser han caído no por indiferencia, sino por haberles dado la orden real de morir. El menor de los fetiches ha sido sobre el particular tan obstinado como los más bellos dioses de Homero.

Libre de todo convencionalismo y de todo temor, con la mano en mi corazón y mi vista en el espacio infinito donde como un viajero profético contemplo la libre y dichosa sociedad futura, intervengo en la disputa sobre oportunismo revolucionario, y digo: La Conquista del Pan. Bases científicas de la Anarquía. Los Productores de la agricultura y Los Productores de la Industria, de Kropotkin; Evolución y Revolución, de Reclus; Entre Campesinos, de Malatesta; y mil otros trabajos de exposición y crítica, son obras impecaberas que crearán adeptos, suscitarán grandes entusiasmos y determinarán siempre poderosas energías; mientras que de los apasionados, de los que creen que la obra revolucionaria depende de una temeraria valentía acompañada de una especie de santa ignorancia, sólo queda un recuerdo sin eficacia positiva.

Y que es rarísimo que en un individuo concurren las facultades del pensador y del héroe para ilustrar las masas y combatir los gobiernos; no habiendo siquiera un Bakounine en cada generación en todo el mundo no pudiendo dogmatizarse ni legislarse sobre la acción propagandista en nombre de la Anarquía, libre es cada anarquista de propagar a su manera: quien por la violencia, desatendiendo la razón, quien por la persuasión, fundándose en ella.

Por mi parte, a todo el que quiere escucharle, procuro convencerle, no atemorizarle. Y si alguno que me conozca, considerando mis condiciones físicas, se me burlara pensando que un viejo débil no puede atemorizar a nadie, puedo replicar que tampoco doblegaba mi criterio al temor.

Creo además que todo hombre, amigo o enemigo, tiene derecho a la libertad del pensamiento, y ante ese derecho el anarquista ha de inclinarse, cumpliendo el deber de persuadir para que la verdad se acepte y el error se abandone, sin olvidar que en la sociedad libertaria no habrá, co puede haber instituciones impositivas ni coercitivas, y que la imposición y la coerción son exclusivamente autoritarias.

Termino recordando a los violentos estas palabras de un pensador: «La palabra es más cortante que la espada, más rápida que el rayo, más destructora que la guerra.»

Antes que todo, por dignidad propia y por respeto al ideal, hay que ser bueno en el concepto universal de la bondad, y también parecerlo; después se ha de demostrar prácticamente el valor de nuestros conocimientos en economía economizando el tiempo, y, por último, se ha de conservar la lucidez de la inteligencia para retener las verdades adquiridas, descubrir otras nuevas y aplicar debidamente nuestra energía, sin perder nunca de vista a cada día de existencia del régimen autoritario que pesa sobre el mundo, es un infierno de iniquidades.

Querría yo, y no sé cómo valarme para ello, inculcar en la inteligencia y en la voluntad de todos los anarquistas del mundo esta verdad que poseo, que me ilumina, que me entusiasma y que prolonga mi juventud por encima de los achaques de la ancianidad y de los desastres de la persecución. ¡Quién poseyera en grado sumo el arte de aprovechar el inmenso poder sugestivo de las letras!

Insistamos. El apóstol que en la posesión de sí mismo, con la razón de su fe y con fe absoluta en su razón, ideaba un principio axiomático, expone un ideal racional y juzga con lógica inflexible e incontestable un régimen social que califica de absurdo, influye en la inteligencia del que lee o le escucha, porque el estado normal de la mayoría de los humanos, a pesar de la preocupación, de la rutina, de la tradición y aun del atavismo, es cierto equilibrio mental conocido con el nombre de sentido común; por eso existe en el mundo la evolución progresiva. Pero aquel que, a la vista de la injusticia, pierde la serenidad del juicio y poseído de rabia medita y ejecuta un acto de aquellos que reprobamos, no sólo las leyes escritas, sino la conciencia humana de todos los tiempos, únicamente puede contar con la aquiescencia de los pocos que por iguales motivos estuviesen rabiosos como él; los otros, es decir, todo el mundo, por no hallarse en concordancia de sentimientos con el irritado ejecutante, tendrán por él, por su obra y por las ideas con que pretende justificarse, indiferencia o repugnancia. Eso sin contar el móvil de esos actos, requiere como consecuencia natural otra venganza, y que la ley de las represalias es una cadena sin fin, y en ese infinito no queda nunca lugar para

comprender ni menos implantar un ideal de amor y de bondad.

El que predica una verdad, por pequeña y débil que sea, aparecerá siempre grande y fuerte y será al fin respetado, si no en su generación en las siguientes, y aquella verdad, despreciándose por pura de los labios o de la pluma que la pronuncian o que la escriban, se elevará majestuosamente, iluminando inteligencias, alumbrando los más reconditos pliegues de las conciencias torpes y envilecidas, brillando al fin para todo el mundo como esplendente sol del medio día; en tanto que el que profiere amenazas, si no las ejecuta, queda en ridículo, y si las ejecuta, aumenta el catálogo de los sangrientos apasionamientos de dudosa o negativa utilidad para la idea, y digo dudosa y no negativa en absoluto, porque pueden dárle indirecta utilidad la torpeza y la crueldad de nuestros enemigos con esas represiones absurdas y ridículas que suelen poner en práctica.

Libre de todo convencionalismo y de todo temor, con la mano en mi corazón y mi vista en el espacio infinito donde como un viajero profético contemplo la libre y dichosa sociedad futura, intervengo en la disputa sobre oportunismo revolucionario, y digo: La Conquista del Pan. Bases científicas de la Anarquía. Los Productores de la agricultura y Los Productores de la Industria, de Kropotkin; Evolución y Revolución, de Reclus; Entre Campesinos, de Malatesta; y mil otros trabajos de exposición y crítica, son obras impecaberas que crearán adeptos, suscitarán grandes entusiasmos y determinarán siempre poderosas energías; mientras que de los apasionados, de los que creen que la obra revolucionaria depende de una temeraria valentía acompañada de una especie de santa ignorancia, sólo queda un recuerdo sin eficacia positiva.

Y que es rarísimo que en un individuo concurren las facultades del pensador y del héroe para ilustrar las masas y combatir los gobiernos; no habiendo siquiera un Bakounine en cada generación en todo el mundo no pudiendo dogmatizarse ni legislarse sobre la acción propagandista en nombre de la Anarquía, libre es cada anarquista de propagar a su manera: quien por la violencia, desatendiendo la razón, quien por la persuasión, fundándose en ella.

Por mi parte, a todo el que quiere escucharle, procuro convencerle, no atemorizarle. Y si alguno que me conozca, considerando mis condiciones físicas, se me burlara pensando que un viejo débil no puede atemorizar a nadie, puedo replicar que tampoco doblegaba mi criterio al temor.

Creo además que todo hombre, amigo o enemigo, tiene derecho a la libertad del pensamiento, y ante ese derecho el anarquista ha de inclinarse, cumpliendo el deber de persuadir para que la verdad se acepte y el error se abandone, sin olvidar que en la sociedad libertaria no habrá, co puede haber instituciones impositivas ni coercitivas, y que la imposición y la coerción son exclusivamente autoritarias.

Termino recordando a los violentos estas palabras de un pensador: «La palabra es más cortante que la espada, más rápida que el rayo, más destructora que la guerra.»

Antes que todo, por dignidad propia y por respeto al ideal, hay que ser bueno en el concepto universal de la bondad, y también parecerlo; después se ha de demostrar prácticamente el valor de nuestros conocimientos en economía economizando el tiempo, y, por último, se ha de conservar la lucidez de la inteligencia para retener las verdades adquiridas, descubrir otras nuevas y aplicar debidamente nuestra energía, sin perder nunca de vista a cada día de existencia del régimen autoritario que pesa sobre el mundo, es un infierno de iniquidades.

Querría yo, y no sé cómo valarme para ello, inculcar en la inteligencia y en la voluntad de todos los anarquistas del mundo esta verdad que poseo, que me ilumina, que me entusiasma y que prolonga mi juventud por encima de los achaques de la ancianidad y de los desastres de la persecución. ¡Quién poseyera en grado sumo el arte de aprovechar el inmenso poder sugestivo de las letras!

Insistamos. El apóstol que en la posesión de sí mismo, con la razón de su fe y con fe absoluta en su razón, ideaba un principio axiomático, expone un ideal racional y juzga con lógica inflexible e incontestable un régimen social que califica de absurdo, influye en la inteligencia del que lee o le escucha, porque el estado normal de la mayoría de los humanos, a pesar de la preocupación, de la rutina, de la tradición y aun del atavismo, es cierto equilibrio mental conocido con el nombre de sentido común; por eso existe en el mundo la evolución progresiva. Pero aquel que, a la vista de la injusticia, pierde la serenidad del juicio y poseído de rabia medita y ejecuta un acto de aquellos que reprobamos, no sólo las leyes escritas, sino la conciencia humana de todos los tiempos, únicamente puede contar con la aquiescencia de los pocos que por iguales motivos estuviesen rabiosos como él; los otros, es decir, todo el mundo, por no hallarse en concordancia de sentimientos con el irritado ejecutante, tendrán por él, por su obra y por las ideas con que pretende justificarse, indiferencia o repugnancia. Eso sin contar el móvil de esos actos, requiere como consecuencia natural otra venganza, y que la ley de las represalias es una cadena sin fin, y en ese infinito no queda nunca lugar para

comprender ni menos implantar un ideal de amor y de bondad.

El que predica una verdad, por pequeña y débil que sea, aparecerá siempre grande y fuerte y será al fin respetado, si no en su generación en las siguientes, y aquella verdad, despreciándose por pura de los labios o de la pluma que la pronuncian o que la escriban, se elevará majestuosamente, iluminando inteligencias, alumbrando los más reconditos pliegues de las conciencias torpes y envilecidas, brillando al fin para todo el mundo como esplendente sol del medio día; en tanto que el que profiere amenazas, si no las ejecuta, queda en ridículo, y si las ejecuta, aumenta el catálogo de los sangrientos apasionamientos de dudosa o negativa utilidad para la idea, y digo dudosa y no negativa en absoluto, porque pueden dárle indirecta utilidad la torpeza y la crueldad de nuestros enemigos con esas represiones absurdas y ridículas que suelen poner en práctica.

Libre de todo convencionalismo y de todo temor, con la mano en mi corazón y mi vista en el espacio infinito donde como un viajero profético contemplo la libre y dichosa sociedad futura, intervengo en la disputa sobre oportunismo revolucionario, y digo: La Conquista del Pan. Bases científicas de la Anarquía. Los Productores de la agricultura y Los Productores de la Industria, de Kropotkin; Evolución y Revolución, de Reclus; Entre Campesinos, de Malatesta; y mil otros trabajos de exposición y crítica, son obras impecaberas que crearán adeptos, suscitarán grandes entusiasmos y determinarán siempre poderosas energías; mientras que de los apasionados, de los que creen que la obra revolucionaria depende de una temeraria valentía acompañada de una especie de santa ignorancia, sólo queda un recuerdo sin eficacia positiva.

Y que es rarísimo que en un individuo concurren las facultades del pensador y del héroe para ilustrar las masas y combatir los gobiernos; no habiendo siquiera un Bakounine en cada generación en todo el mundo no pudiendo dogmatizarse ni legislarse sobre la acción propagandista en nombre de la Anarquía, libre es cada anarquista de propagar a su manera: quien por la violencia, desatendiendo la razón, quien por la persuasión, fundándose en ella.

Por mi parte, a todo el que quiere escucharle, procuro convencerle, no atemorizarle. Y si alguno que me conozca, considerando mis condiciones físicas, se me burlara pensando que un viejo débil no puede atemorizar a nadie, puedo replicar que tampoco doblegaba mi criterio al temor.

Creo además que todo hombre, amigo o enemigo, tiene derecho a la libertad del pensamiento, y ante ese derecho el anarquista ha de inclinarse, cumpliendo el deber de persuadir para que la verdad se acepte y el error se abandone, sin olvidar que en la sociedad libertaria no habrá, co puede haber instituciones impositivas ni coercitivas, y que la imposición y la coerción son exclusivamente autoritarias.

Termino recordando a los violentos estas palabras de un pensador: «La palabra es más cortante que la espada, más rápida que el rayo, más destructora que la guerra.»

Antes que todo, por dignidad propia y por respeto al ideal, hay que ser bueno en el concepto universal de la bondad, y también parecerlo; después se ha de demostrar prácticamente el valor de nuestros conocimientos en economía economizando el tiempo, y, por último, se ha de conservar la lucidez de la inteligencia para retener las verdades adquiridas, descubrir otras nuevas y aplicar debidamente nuestra energía, sin perder nunca de vista a cada día de existencia del régimen autoritario que pesa sobre el mundo, es un infierno de iniquidades.

Querría yo, y no sé cómo valarme para ello, inculcar en la inteligencia y en la voluntad de todos los anarquistas del mundo esta verdad que poseo, que me ilumina, que me entusiasma y que prolonga mi juventud por encima de los achaques de la ancianidad y de los desastres de la persecución. ¡Quién poseyera en grado sumo el arte de aprovechar el inmenso poder sugestivo de las letras!

Insistamos. El apóstol que en la posesión de sí mismo, con la razón de su fe y con fe absoluta en su razón, ideaba un principio axiomático, expone un ideal racional y juzga con lógica inflexible e incontestable un régimen social que califica de absurdo, influye en la inteligencia del que lee o le escucha, porque el estado normal de la mayoría de los humanos, a pesar de la preocupación, de la rutina, de la tradición y aun del atavismo, es cierto equilibrio mental conocido con el nombre de sentido común; por eso existe en el mundo la evolución progresiva. Pero aquel que, a la vista de la injusticia, pierde la serenidad del juicio y poseído de rabia medita y ejecuta un acto de aquellos que reprobamos, no sólo las leyes escritas, sino la conciencia humana de todos los tiempos, únicamente puede contar con la aquiescencia de los pocos que por iguales motivos estuviesen rabiosos como él; los otros, es decir, todo el mundo, por no hallarse en concordancia de sentimientos con el irritado ejecutante, tendrán por él, por su obra y por las ideas con que pretende justificarse, indiferencia o repugnancia. Eso sin contar el móvil de esos actos, requiere como consecuencia natural otra venganza, y que la ley de las represalias es una cadena sin fin, y en ese infinito no queda nunca lugar para

comprender ni menos implantar un ideal de amor y de bondad.

El que predica una verdad, por pequeña y débil que sea, aparecerá siempre grande y fuerte y será al fin respetado, si no en su generación en las siguientes, y aquella verdad, despreciándose por pura de los labios o de la pluma que la pronuncian o que la escriban, se elevará majestuosamente, iluminando inteligencias, alumbrando los más reconditos pliegues de las conciencias torpes y envilecidas, brillando al fin para todo el mundo como esplendente sol del medio día; en tanto que el que profiere amenazas, si no las ejecuta, queda en ridículo, y si las ejecuta, aumenta el catálogo de los sangrientos apasionamientos de dudosa o negativa utilidad para la idea, y digo dudosa y no negativa en absoluto, porque pueden dárle indirecta utilidad la torpeza y la crueldad de nuestros enemigos con esas represiones absurdas y ridículas que suelen poner en práctica.

Libre de todo convencionalismo y de todo temor, con la mano en mi corazón y mi vista en el espacio infinito donde como un viajero profético contemplo la libre y dichosa sociedad futura, intervengo en la disputa sobre oportunismo revolucionario, y digo: La Conquista del Pan. Bases científicas de la Anarquía. Los Productores de la agricultura y Los Productores de la Industria, de Kropotkin; Evolución y Revolución, de Reclus; Entre Campesinos, de Malatesta; y mil otros trabajos de exposición y crítica, son obras impecaberas que crearán adeptos, suscitarán grandes entusiasmos y determinarán siempre poderosas energías; mientras que de los apasionados, de los que creen que la obra revolucionaria depende de una temeraria valentía acompañada de una especie de santa ignorancia, sólo queda un recuerdo sin eficacia positiva.

Y que es rarísimo que en un individuo concurren las facultades del pensador y del héroe para ilustrar las masas y combatir los gobiernos; no habiendo siquiera un Bakounine en cada generación en todo el mundo no pudiendo dogmatizarse ni legislarse sobre la acción propagandista en nombre de la Anarquía, libre es cada anarquista de propagar a su manera: quien por la violencia, desatendiendo la razón, quien por la persuasión, fundándose en ella.

Por mi parte, a todo el que quiere escucharle, procuro convencerle, no atemorizarle. Y si alguno que me conozca, considerando mis condiciones físicas, se me burlara pensando que un viejo débil no puede atemorizar a nadie, puedo replicar que tampoco doblegaba mi criterio al temor.

Creo además que todo hombre, amigo o enemigo, tiene derecho a la libertad del pensamiento, y ante ese derecho el anarquista ha de inclinarse, cumpliendo el deber de persuadir para que la verdad se acepte y el error se abandone, sin olvidar que en la sociedad libertaria no habrá, co puede haber instituciones impositivas ni coercitivas, y que la imposición y la coerción son exclusivamente autoritarias.

comprender ni menos implantar un ideal de amor y de bondad.

El que predica una verdad, por pequeña y débil que sea, aparecerá siempre grande y fuerte y será al fin respetado, si no en su generación en las siguientes, y aquella verdad, despreciándose por pura de los labios o de la pluma que la pronuncian o que la escriban, se elevará majestuosamente, iluminando inteligencias, alumbrando los más reconditos pliegues de las conciencias torpes y envilecidas, brillando al fin para todo el mundo como esplendente sol del medio día; en tanto que el que profiere amenazas, si no las ejecuta, queda en ridículo, y si las ejecuta, aumenta el catálogo de los sangrientos apasionamientos de dudosa o negativa utilidad para la idea, y digo dudosa y no negativa en absoluto, porque pueden dárle indirecta utilidad la torpeza y la crueldad de nuestros enemigos con esas represiones absurdas y ridículas que suelen poner en práctica.

Libre de todo convencionalismo y de todo temor, con la mano en mi corazón y mi vista en el espacio infinito donde como un viajero profético contemplo la libre y dichosa sociedad futura, intervengo en la disputa sobre oportunismo revolucionario, y digo: La Conquista del Pan. Bases científicas de la Anarquía. Los Productores de la agricultura y Los Productores de la Industria, de Kropotkin; Evolución y Revolución, de Reclus; Entre Campesinos, de Malatesta; y mil otros trabajos de exposición y crítica, son obras impecaberas que crearán adeptos, suscitarán grandes entusiasmos y determinarán siempre poderosas energías; mientras que de los apasionados, de los que creen que la obra revolucionaria depende de una temeraria valentía acompañada de una especie de santa ignorancia, sólo queda un recuerdo sin eficacia positiva.

Y que es rarísimo que en un individuo concurren las facultades del pensador y del héroe para ilustrar las masas y combatir los gobiernos; no habiendo siquiera un Bakounine en cada generación en todo el mundo no pudiendo dogmatizarse ni legislarse sobre la acción propagandista en nombre de la Anarquía, libre es cada anarquista de propagar a su manera: quien por la violencia, desatendiendo la razón, quien por la persuasión, fundándose en ella.

Por mi parte, a todo el que quiere escucharle, procuro convencerle, no atemorizarle. Y si alguno que me conozca, considerando mis condiciones físicas, se me burlara pensando que un viejo débil no puede atemorizar a nadie, puedo replicar que tampoco doblegaba mi criterio al temor.

Creo además que todo hombre, amigo o enemigo, tiene derecho a la libertad del pensamiento, y ante ese derecho el anarquista ha de inclinarse, cumpliendo el deber de persuadir para que la verdad se acepte y el error se abandone, sin olvidar que en la sociedad libertaria no habrá, co puede haber instituciones impositivas ni coercitivas, y que la imposición y la coerción son exclusivamente autoritarias.

Termino recordando a los violentos estas palabras de un pensador: «La palabra es más cortante que la espada, más rápida que el rayo, más destructora que la guerra.»

Antes que todo, por dignidad propia y por respeto al ideal, hay que ser bueno en el concepto universal de la bondad, y también parecerlo; después se ha de demostrar prácticamente el valor de nuestros conocimientos en economía economizando el tiempo, y, por último, se ha de conservar la lucidez de la inteligencia para retener las verdades adquiridas, descubrir otras nuevas y aplicar debidamente nuestra energía, sin perder nunca de vista a cada día de existencia del régimen autoritario que pesa sobre el mundo, es un infierno de iniquidades.

Querría yo, y no sé cómo valarme para ello, inculcar en la inteligencia y en la voluntad de todos los anarquistas del mundo esta verdad que poseo, que me ilumina, que me entusiasma y que prolonga mi juventud por encima de los achaques de la ancianidad y de los desastres de la persecución. ¡Quién poseyera en grado sumo el arte de aprovechar el inmenso poder sugestivo de las letras!

Insistamos. El apóstol que en la posesión de sí mismo, con la razón de su fe y con fe absoluta en su razón, ideaba un principio axiomático, expone un ideal racional y juzga con lógica inflexible e incontestable un régimen social que califica de absurdo, influye en la inteligencia del que lee o le escucha, porque el estado normal de la mayoría de los humanos, a pesar de la preocupación, de la rutina, de la tradición y aun del atavismo, es cierto equilibrio mental conocido con el nombre de sentido común; por eso existe en el mundo la evolución progresiva. Pero aquel que, a la vista de la injusticia, pierde la serenidad del juicio y poseído de rabia medita y ejecuta un acto de aquellos que reprobamos, no sólo las leyes escritas, sino la conciencia humana de todos los tiempos, únicamente puede contar con la aquiescencia de los pocos que por iguales motivos estuviesen rabiosos como él; los otros, es decir, todo el mundo, por no hallarse en concordancia de sentimientos con el irritado ejecutante, tendrán por él, por su obra y por las ideas con que pretende justificarse, indiferencia o repugnancia. Eso sin contar el móvil de esos actos, requiere como consecuencia natural otra venganza, y que la ley de las represalias es una cadena sin fin, y en ese infinito no queda nunca lugar para

comprender ni menos implantar un ideal de amor y de bondad.

El que predica una verdad, por pequeña y débil que sea, aparecerá siempre grande y fuerte y será al fin respetado, si no en su generación en las siguientes, y aquella verdad, despreciándose por pura de los labios o de la pluma que la pronuncian o que la escriban, se elevará majestuosamente, iluminando inteligencias, alumbrando los más reconditos pliegues de las conciencias torpes y envilecidas, brillando al fin para todo el mundo como esplendente sol del medio día; en tanto que el que profiere amenazas, si no las ejecuta, queda en ridículo, y si las ejecuta, aumenta el catálogo de los sangrientos apasionamientos de dudosa o negativa utilidad para la idea, y digo dudosa y no negativa en absoluto, porque pueden dárle indirecta utilidad la torpeza y la crueldad de nuestros enemigos con esas represiones absurdas y ridículas que suelen poner en práctica.

Libre de todo convencionalismo y de todo temor, con la mano en mi corazón y mi vista en el espacio infinito donde como un viajero profético contemplo la libre y dichosa sociedad futura, intervengo en la disputa sobre oportunismo revolucionario, y digo: La Conquista del Pan. Bases científicas de la Anarquía. Los Productores de la agricultura y Los Productores de la Industria, de Kropotkin; Evolución y Revolución, de Reclus; Entre Campesinos, de Malatesta; y mil otros trabajos de exposición y crítica, son obras impecaberas que crearán adeptos, suscitarán grandes entusiasmos y determinarán siempre poderosas energías; mientras que de los apasionados,